

Una nueva fase

La lucha económica

Poco a poco se van deslindando los campos en las dos fuerzas que han de acabar por dar la batalla de una forma clara y terminante.

La clase capitalista no tiene más remedio que jugar sus últimas cartas. Se viene resistiendo cuanto está en sus manos y pretende por todos los medios posibles que ese momento se retrase indefinidamente.

La acometida intentada contra la legislación obrera se capa de derribar al Gobierno, acusándole de incapaz, de inmoral y de otras cuantas cosas todas ellas inciertas, quedó frustrada de una forma rotunda.

Para que quedaran purificados sin purgatorio alguno, ya en nuestras filas se había adivinado que no era aquella la realidad, sino el deseo de llevar a la práctica aquella promesa de don Alejandro, aquel programa magnífico que corrió de boca en boca de la clase capitalista y que se encerraba en «hacer lo contrario de lo hecho por el Gobierno Azana».

Ahora bien. Demuestra palpablemente la táctica y los designios de la clase capitalista en cuanto a las leyes sociales se relaciona; organizada por ella la resistencia a las disposiciones del Ministerio de Trabajo; cursadas órdenes por las entidades directoras de la burguesía para que las organizaciones patronales respondan a las demandas obreras con la negativa, a las disposiciones de los Jurados mixtos con la rebeldía y a las órdenes del Gobierno con el descaño.

Encontramos muy en su punto las disposiciones del Gobierno frente a la clase burguesa salmantina, obligándola a respetar los compromisos derivados de los acuerdos de los Jurados mixtos, como igualmente lo actuado en Madrid con motivo de la resistencia de los patronos. No se puede continuar por más tiempo la política de lenidad que hemos venido arrastrando desde el comienzo de la República, lenidad que ha sido interpretada por la clase capitalista como un signo de su supremacía sobre el Estado y como un reconocimiento por éste de la prepotencia de aquélla.

De gran interés

La Comisión ejecutiva de la Federación Socialista Vizcaina convoca a los compañeros que representan al Partido en la Comisión gestora de la Diputación de Vizcaya, minoría socialista del Ayuntamiento de Bilbao, Comités locales de la Agrupación y Juventud de Bilbao, Comisión ejecutiva de la Federación Provincial de Juventudes Socialistas y Comisión de Trabajadores de la Enseñanza, a una reunión que se celebrará el próximo domingo, en el Círculo Socialista, a las once de la mañana.

FUSILES Y MERCADOS

LAS DOS GUERRAS

El imperialismo japonés tiene dos caras, como todos los imperialismos. Una militar y otra comercial. Para el gran público, el imperialismo japonés se manifiesta exclusivamente por la invasión de Manchuria, por su poderosa flota de guerra, por su agresividad que es, a lo que vemos, incoercible.

Claro está que el secreto del «dumping» japonés es fácil de hallarlo: economía en la producción. Para vender barato precisa producir barato. Para que el Japón desplace a la industria occidental de sus propios mercados es menester que produzca con un gasto asaz reducido. En efecto. No es presumible que salara en Europa ni en América pueblo alguno donde los trabajadores perciban salarios más bajos y trabajen jornadas más largas que en el Japón.

He ahí, sin más, el secreto de la posición ventajosa en que se halla el Japón respecto de los Estados industriales de Occidente. ¿No es lícito decir que esa guerra de precios no es menos sangrienta y cruel que la otra, la de los gases y los cañones? De un lado, el trabajador nipón adulto y los niños japoneses son víctimas de una agresión lenta, monstruosa; a virtud de la cual mueren más tarde o más temprano, como los soldados en la guerra.

La India ha reaccionado, al tiempo que Inglaterra, contra la invasión comercial japonesa cerrando las fronteras a los artículos nipones. El Japón contesta no adquiriendo ya el algodón bruto que compraba a la India.

¿Dos imperialismos? No, uno sólo: el económico. El ejército no es sino la fuerza que apoya la expansión comercial. Los yanquis dicen: «A donde va un dólar, va la escuadra.» Primero se hace la guerra comercial. Después, la de los campos, la de los submarinos y las minas explosivas. Ahora bien: cuando se agudiza la lucha por los mercados es señal de que la guerra está próxima.

ANTONIO RAMOS OLIVEIRA



Deseando lanzar una pinchadita, ya que la estocada que preparó al Gobierno y al régimen con la obstrucción falló, el señor Lerroux ha dicho que le parece bien la amnistía y que en ella se incluya a Largo Caballero por sus declaraciones en Ginebra.

Pero esas cosas no pueden olvidarse tan fácilmente. El mundo se halla pendiente de solucionar diversos aspectos de un problema único, un problema que tiene toda su atención desde hace varios años y todo lo que tienda a mostrarle las soluciones, aun cuando salgan de las doctrinas y de los hombres socialistas, a los que, por otra parte, combate con todas sus fuerzas, ha de merecer su atención y lo ha de recordar y habrá de ponerlo en práctica, pese a don «Ale», cuyas ridículas y nunca cumplidas predicciones en los pasillos del Congreso se recuerdan con regocijo.

Recientemente ha vuelto a aparecer El Duende. En su primer número publicaba un grabado a toda plana, consistente en una cabeza de hombre vuelto de espaldas, con una leyenda que decía: «Cualquiera da la cara.» Sin embargo, en su segundo número la da. ¡Vaya sí la da! Y también a toda plana... Una magnífica cabeza de cerdo, tocada a dos pasos del ejemplar.

Estos dos grabados son toda una revelación. Un periódico con un director que no da la cara y que cuando muestra algo de lo que lleva dentro se ve un cerdo.

Una nueva prueba de la pureza de la raza. El joven jefe de «mendigotales» de Soportúa, muerto por la Guardia civil cuando encañonaba a ésta con una pistola, se llamaba Pajares Gutiérrez.

Ambos apellidos, así como los de Ramirez y Bañares, del director de Euzkadi, parece que brotaron de una de las raíces del árbol de Guernica.

La señora de «Arregi» se soltó el pelo el pasado domingo en Baracaldo, y dijo que el pueblo vasco lleva dentro de sí «la verdad de Lagzarra como obra de Dios».

Según parece desprenderse de lo dicho por la «Arregi», las tablas de la ley que Dios entregó a Moisés debieron ser, simplemente, el «Lagzarra» vasco.

¡Y los historiadores sin enterarse hasta ahora!

Trabajadores: leed EL SOCIALISTA

Temas de actualidad

El pecado máximo

Hay un dicho francés: «Bouder contre son ventre», o sea guardarle rencor a su propia necesidad, que significa a un tiempo estas tres cosas: la máxima incongruencia, la máxima inconsciencia, y la máxima necesidad.

Y este dicho es el que pudiera servir de lema a la necesidad manifestada por las derechas extremas, en los días que precedieron a la grandiosa resurrección del teatro de Mérida. Ante el anuncio de la representación de «Medea», los elementos llamados católicos (¿por qué?) de aquella ciudad, se despliegan en guerrillas, toman las casas por asalto, y no dejan familia «bien» sin su piadosa visita, en recomendación de que no se asista a un espectáculo cuya protagonista trabajó en Viernes Santo, y es a la vez nada menos que catolana y republicana.

Máxima incongruencia, máxima inconsciencia, máxima necesidad dijimos: creemos que, después de lo expuesto, ya todos los comentarios sobran. Mas, son tan sabrosos los que acuden a la punta de la pluma, que no resistimos a la tentación de estampar aquí algunos. La representación de Mérida fué un triunfo rotundo, y de la más alta calidad: ni un asiento libre; la impresión de un momento de arte y de cultura que ninguno de los espectadores había podido todavía gozar en España, y que muy raras veces es dado disfrutar en ningún otro país; el sentimiento real de una superación absoluta, de vivir unas horas superiores a todas las contingencias presentes. ¿Para quién ha sido, pues, el castigo, sino para quienes se privaron voluntariamente de ellas? Ni a Séneca el inmortal, ni al sabio Unamuno que hoy nos lo traigo; ni al glorioso Mérida, que tuvo junto con su colaborador Macías la satisfacción de ver revivir, con palpación entusiasta, a la muchedumbre que de nuevo se fundía en el marco por ellos resucitado; ni a Margarita Xirgu y Enrique Borrás, intérpretes eximios, ni a sus huéspedes entusiastas; ni al maestro Pérez Casas y a las suyas alzadas en un fervor común; ni a Fernando de los Ríos, propulsor, ni al jefe del Gobierno y demás miembros del mismo, que allí pudieron sentir el legítimo orgullo de quien crea de nuevo vida donde muchos siglos de ignorancia y abandono habían hecho imperar la muerte; ni a todos los que sentimos la alegría de aquel momento tan pleno y la satisfacción de vivirlo como heraldo del verdadero renacer de esta España, apartada de todas las rutas de superación individual y colectiva por siglos de rotina clerical y monárquica; a ninguno nos castigaron ni privaron de nada aquellas damas, llamadas católicas, que pensaron castigar a la República privándose voluntariamente de aquel momento maravilloso.

¿Que los asientos de preferencia no los ocupaban las niñas cursis de Mérida ni de Badajoz, ni sus mamás que no habían oído hablar de Séneca hasta ese día, ni sus papás y hermanos, que no saben de más filosofía ni recreo espiritual que los de matar sus ocios en los casinos conspirando contra un régimen que les va quitando los privilegios con que hasta ahora vivían de la miseria ajena?

¡Peor para ellos! Y mejor, cien veces mejor, para nosotros. Para quienes allí estuvimos, en lugar de su compañía poco grata, la de cuanto ostenta en España un timbre de relieve en la aristocracia del espíritu, la única que merece nuestro respeto, y cuyo contacto nos resulta agradable.

Y es que, en esas llamadas derechas nuestras, registrase un fenómeno de megalomanía verdaderamente curioso: de buena fe, creen que ellas son España. Así como el señor Maura toca a rebato para lanzar a la guerra a un ejército inexistente (pues, si las izquierdas le repudian, los contrarios le repudian todavía más, por ver en él al ministro de la quema de los conventos y de la expulsión del cardenal Segura), así las personas de la llamada buena sociedad fulminan sus rayos contra gentes, hechos y cosas para ellas inasequibles. A Margarita Xirgu, declaran, no iremos a verla; así verá lo que le cuesta a una artista poner el arte por encima de las contingencias po-

líticas, y atreverse a querer hacer obra de arte con ayuda de la República. Y resulta que a la artista no le cuesta nada, y que en una representación llena y archillena como la de Mérida, nadie nota la ausencia de aquellas «personas bien» que, en lugar de dilatar su entendimiento y su sensibilidad viviendo un momento de arte incomparable se pasaron la tarde observando, detrás de sus persianas echadas, como lo que en España cuenta no se cuidaba absolutamente para nada de su presencia ni de su ausencia.

¿Quiénes fueron allí los castigados? ¿Quiénes los que se privaron de algo?

Decididamente, las derechas tienen que aprender mucho de nosotros; y, ante todo, cómo, cuándo y por qué, se hace un boicoteo. Porque boicotearse a sí mismo, «bonder contre son ventre», como dicen los franceses, o sea, guardarle rencor a su propia necesidad, no me negaréis que es la más estúpida de las estupideces, y la más ridícula de las ridiculeces.

Ahora bien: hemos pronunciado la palabra «necesidad». Y, con ello, los inconscientes somos tal vez nosotros. Necesidad de cultura; necesidad de gozar del arte; necesidad de superarse a sí mismo y al momento vivido, viviendo una emoción de arte y de cultura... Nada, en verdad, nos autoriza a pensar que nuestras derechas sufran esta necesidad ni, por tanto, reciban, al privarse de su satisfacción, penitencia ninguna por un pecado que ni siquiera advierten que cometen.

Y, sin embargo, es el pecado máximo, y el único imperdonable: el de ceguera voluntaria ante la luz que se brinda a iluminarle a uno.

MARGARITA NELKEN

DE LOS MAESTROS

EL AMO

Una vez ví a un hombre que pegaba a una bestia.

La bestia, toda ensangrentada, miraba al hombre con los ojos humanos.

Le caían gotas de sudor, gotas de sangre, gotas de lluvia. A veces parecía que quería gemir y que de miedo no podía; y la garganta se le quedaba hinchada.

Al fin, puso las rodillas en tierra, y convulsos los ijaes, alargando el cuello al cielo, echó un débil relincho de dolor.

Corrí. Dominando mi ira, dí la espalda al hombre y cubrí con mi cuerpo la parte de la bestia donde caían los vergajazos.

Luego, nerviosísimo, miré, no sé por qué, como la bestia, al cielo, que estaba lleno de nubarrones apañados de rayos, y sentí ansia de abrazar a un tiempo a la bestia y al hombre.

Pero, de pronto, al verme manchado de sangre, tan grotesco, solté a reír...

El hombre, sorprendido, desarmado, me miró de pies a cabeza, juró, escupió, exclamó: — ¡Un loco!

Yo pensé: «Loco hay que ser o que parecer a veces. Loco soy para tí. Si no, yo estarías gritando que eres el amo de la bestia y que en la bestia mandas tú, y ya estaríamos tú pegándome y yo pegándote; todo por la bestia. No por la bestia que tú crees, no; sino por la de dentro, por la que causa tanta guerra y tanta violencia inútil en nuestro pequeño mundo, por aquella bestia que vive siempre dentro de cada hombre, y de la cual tenemos que ser amos o esclavos. De manera que tú llámame como quieras; pero en este momento, yo, sólo yo, soy aquí el verdadero amo de la tuya y de la mía.»

Pensando en esto, le miré en los ojos al animal, que no sabía cómo mirarme: le miré en los ojos al hombre, que tuvo que bajarlos; me abracé a mí mismo, con fuerza, diciéndome: «¡Ay, loco, loco!»

Y corrí a casa, avergonzadísimo de verme tan sucio de sangre delante de la gente.

TOMÁS MEABE





